

Tzvetan Todorov. «Los enemigos íntimos de la democracia»

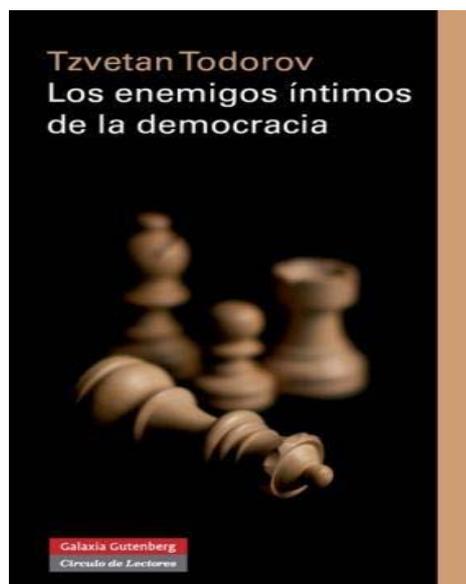
Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2012, 206 páginas

José M. Domínguez Martínez

La crisis económica y financiera internacional iniciada en 2007 es, en realidad, una crisis sistémica, con unas profundas raíces que penetran en territorios apartados de lo estrictamente económico y financiero. Y, aunque no fuese así, las actividades propias de estos dos ámbitos no se desarrollan en el vacío sino dentro de un complejo entramado político y social. Todo ello explica la gran cantidad de análisis que, en los últimos años, vienen proliferando, en los cuales se entremezclan las más variadas perspectivas. Dada la indiscutible relevancia de la económica, a lo que hay que unir el descrédito que, de forma más o menos fundamentada, se imputa a un oficio al que se acusa de no haber sido capaz de prever las nefastas consecuencias de la caída de un modelo de crecimiento insostenible, la tendencia a la penetración en el ámbito económico de un amplio elenco de personas profesionalmente ajenas a él ha emergido con una fuerza imparable. Esa inclinación se ve favorecida por la existencia de radicales diferencias entre las distintas escuelas de pensamiento económico acerca de cómo interpretar la realidad y de qué líneas de acción plantear para resolver los grandes retos del presente. En cualquier caso, la trascendencia de la vertiente económica en la sociedad actual la convierte en un objeto de análisis ineludible en cualquier ensayo sobre la forma de encarar los problemas sociales de nuestro tiempo.

Con tales antecedentes, no resulta sorprendente que el componente económico ocupe un lugar destacado en la disección de las democracias occidentales que Tzvetan Todorov lleva a cabo en la obra aquí reseñada. Dentro de un mercado editorial caracterizado por una incesante aparición de títulos de la más diversa condición, toparse con la «marca Todorov» significa hallar un signo de distinción y calidad. No en vano el pensador francés de origen búlgaro es considerado uno de los intelectuales contemporáneos más reputados, que ha aportado su lucidez al estudio de la evolución del pensamiento filosófico y de los sistemas políticos a lo largo de la historia, extrayendo un conjunto de valiosas enseñanzas que ha tratado de propugnar para afrontar los problemas sociales de nuestra época.

En esta ocasión su mirada se dirige hacia la democracia occidental, sobre la que, según él, se ciernen algunas peligrosas tendencias. Después de evocar, como otras veces, su experiencia en la Bulgaria comunista, y de refrendar su apego a la libertad como el valor más querido, constata que «con el tiempo me di cuenta de que determinados usos de la libertad pueden suponer un peligro para la democracia». Tras la caída del comunismo, afirma Todorov, «hoy en día ningún modelo de sociedad no democrática se presenta como rival de la democracia», pero, «en contrapartida, la democracia genera por sí misma fuerzas que la amenazan, y la novedad de nuestro tiempo es que esas fuerzas son superiores a las que la atacan desde fuera. Luchar contra ellas y neutralizarlas resulta mucho más difícil, puesto que también ellas reivindican el espíritu democrático, y por lo tanto parecen legítimas».



Todorov comienza su argumentación poniendo de relieve los elementos constitutivos de la democracia: el pueblo, la libertad y el progreso. Advierte de que si uno de estos elementos se erige como principio único se convierte en un peligro: populismo, ultraliberalismo y mesianismo, las tres manifestaciones que tipifica como los enemigos íntimos de la democracia.

2. Una controversia doctrinal duradera: Pelagio vs. Agustín

Dos personajes históricos desempeñan un papel clave en el discurso elaborado por Todorov: Pelagio y Agustín. Ambos encarnan una de las controversias doctrinales más importantes de la historia del cristianismo, cuyas repercusiones, según arguye el autor francés, siguen vigentes en la actualidad. Para el primero, el hombre, al haber sido concebido a imagen de su creador divino, también dispone de libre voluntad y tiene ante sí abierto un camino para la salvación a partir de sus propios medios. Por el contrario, la tesis del obispo de Hipona sostiene que, al no ser dueño de sí mismo, el ser humano no puede confiar en su voluntad; ninguna persona puede liberarse por sí misma, pero la salvación es posible, si se renuncia a la aspiración de tener una mayor autonomía. Las disputas doctrinales fueron zanjadas expeditivamente por vía conciliar, mediante la que se certificó la derrota de la autonomía frente a la heteronomía o sumisión a una ley externa. Sin embargo, «cabe preguntarse si el gusano no quedó en la manzana», reflexiona Todorov, antes de adentrarse en un breve recorrido por el origen y el desarrollo de las corrientes humanistas, defensoras de las capacidades humanas.

3. La Revolución francesa como referente

Una incursión en la génesis de la Revolución francesa aparece como una parada obligada dentro de la visión retrospectiva en la que se basa la argumentación del pensador galo: «como los pelagianos, los revolucionarios piensan que no debe ponerse la menor traba a la progresión infinita de la humanidad». Muestra Todorov cómo la conceptualización de un «bien supremo» llevó a la Revolución a degenerar en el Terror. Así, aun cuando se reivindicuen los ideales de la igualdad y la libertad, surge un «mesianismo político» con un objetivo final propio (lograr el equivalente del paraíso en la tierra) y unos medios concretos para alcanzarlo (Revolución y Terror). «En su búsqueda de una salvación temporal, esta doctrina no reserva un lugar a Dios, pero conserva otros rasgos de la antigua religión, como la fe ciega en los nuevos dogmas, el fervor en sus acciones y en el proselitismo de sus fieles, y la conversión de sus partidarios caídos en la lucha en mártires, en figuras a adorar como santos», destaca Todorov.

4. Las oleadas del mesianismo político

Ese fenómeno del mesianismo político no fue una espinosa flor efímera, sino, más bien, una especie resistente al paso del tiempo y adaptable a distintas

circunstancias. Todorov distingue las siguientes oleadas: i) Exportación de la revolución francesa, por la fuerza de las armas, a otros países, en una suerte de «cruzada por la libertad universal»; ii) El proyecto comunista, basado en el Manifiesto de Marx y Engels, en el que se formula el sueño de una sociedad perfecta, común a todas las personas, aun cuando se parte de la premisa de que no hay nada común a todos los miembros de una sociedad en la que todo se ve condicionado por la lucha de clases; iii) Establecimiento de la democracia a la fuerza, línea seguida a partir del derrumbamiento del bloque socialista en Europa, en la recta final del siglo XX.

En pocas páginas, Todorov logra una síntesis altamente ilustrativa y aleccionadora de procesos cruciales en la historia de la humanidad. Así, recuerda cómo la asunción por Napoleón de los valores de extensión de la libertad llevó a que Francia impusiera al resto de Europa veintitrés años de guerras ininterrumpidas (1792-1815), responsables de millones de víctimas.

Expone, por otro lado, el surgimiento de la doctrina del cientifismo, marcadamente opuesta, en realidad, al espíritu científico: «el cientifismo afirma que el mundo puede conocerse íntegramente, y que por lo tanto puede transformarse en función de un ideal. Y que este ideal no se elige libremente, sino que deriva del propio conocimiento». «El marxismo es todopoderoso porque es verdad», es la cita de Lenin que elige Todorov para resumir la legitimación del comunismo a partir de la idea de que la historia lleva una dirección preestablecida e inmutable, dentro de la que encuentran justificación sus acciones en aras de acelerar el proceso hacia una sociedad sin diferencias entre grupos humanos. Apunta Todorov la desviación de los planteamientos marxistas respecto del voluntarismo pelagiano y revolucionario, en la medida en que la actividad humana se ve como sometida totalmente a leyes sobre las que los hombres no tienen la menor influencia. Describe luego la adaptación de la doctrina para justificar el inicio de la revolución socialista en un país no industrializado como Rusia, e identifica los rasgos del nuevo mesianismo frente a los de la Revolución francesa. Finaliza la exposición de esta fase con una evocación de su experiencia en su país natal: «Recuerdo sobre todo la aguda conciencia de la paradoja de que todo aquel mal se llevara a cabo en nombre del bien, que estuviera justificado por un objetivo que presentaban como sublime».

Le toca luego el turno a la tercera oleada, caracterizada por la imposición de la democracia con bombas.

Todorov se manifiesta muy crítico respecto al enfoque aplicado por las potencias occidentales en conflictos bélicos recientes como los de los Balcanes, Irak, Afganistán y Libia, y reflexiona sobre los enormes costes ocasionados para la consecución de un supuesto bien que no siempre resulta evidente que se alcance de manera efectiva y, lo que es peor, sin que sea extraño que se genere un resultado inverso al esperado. En particular, su alegato contra la práctica de la tortura es contundente y sin matices: "Un Estado que legaliza la tortura deja de ser una democracia". De igual manera, se muestra claramente escéptico respecto al sistema de decisiones adoptado por la ONU, sustentado en una anacrónica diferenciación entre los países con y sin derecho de veto. Denuncia el distinto trato otorgado a realidades similares de vulneración de derechos, en función de intereses estratégicos de los supuestos garantes de la democracia, que no quedan exentos de una máxima insoslayable: "la violencia de los medios anula la nobleza de los fines. No hay bombas humanitarias ni guerras misericordiosas", sentencia el galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Ciencias Sociales 2008.

5. Los peligros del individualismo

Un capítulo posterior se centra en la amenaza que para la democracia puede representar el fortalecimiento desmedido de determinados individuos. Sitúa Todorov el origen de este riesgo en la configuración de la economía, en el siglo XVIII, como espacio diferenciado y cuya prosperidad pasa a ser un objetivo en sí mismo. Se detiene en la exposición de los argumentos del pensamiento liberal, que limita la esfera de la intervención estatal a una serie de funciones básicas. A este respecto, no deja de resultar llamativa una penetración en el terreno económico que prescinde de las herramientas del análisis económico, e incluso de las nociones esenciales que permiten justificar desde un punto de vista «técnico» la intervención del Estado en la actividad económica.

Por otro lado, la aparición del neoliberalismo se presenta como una nueva fase de la evolución del liberalismo, orientada a la oposición con el mundo totalitario que estaba construyéndose tras el triunfo de la revolución rusa. Todorov avala la crítica de Hayek al totalitarismo, si bien apunta que «si observamos los diferentes elementos de la doctrina neoliberal, no podemos evitar preguntarnos si la oposición entre estos dos modelos de gobierno es tan radical como creen los que la formulan». En tal sentido, coloca en planos similares las nociones de «socialismo científico» y «liberalismo científico», basadas ambas en una sumisión

a las leyes de la historia y de la naturaleza (fuerzas del mercado), respectivamente. Además, subraya que «el neoliberalismo comparte también con el marxismo la convicción de que la vida social de los hombres depende básicamente de la economía. Ya no se trata de aislar la economía de las demás actividades humanas, sino de atribuirle un papel dominante».

Con tales antecedentes, formula una crítica furibunda del neoliberalismo, como tendencia contrapuesta al colectivismo, igualmente rechazable: «El poder comunista, que daba mayor importancia a las opciones políticas, ponía en cuestión la autonomía de la actividad económica (y el resultado era la penuria permanente). En el ultraliberalismo lo que se tambalea bajo las presiones procedentes de diversos frentes es la autonomía de lo político». Uno de los más importantes es el de la globalización económica: «Son los Estados los que se han puesto al servicio de la economía... Lo único que les queda de democracia es el nombre, porque ya no es el pueblo el que detenta el poder». Problemas de traducción al margen —que en este caso implican no ya un marcado sesgo de género (reiterado uso de «los hombres» para referirse al conjunto de la sociedad) sino el empleo de un verbo absolutamente inapropiado, especialmente para lo que se pretende transmitir—, las anteriores frases tienen tal contundencia que no pueden pasar desapercibidas y, desde luego, demandan algo más que la mera expresión de un nuevo discurso aspirante a la categoría de dogma. El autor aporta ejemplos y argumentos para respaldar la anterior tesis, hoy día tan popular.

En su exégesis, no duda en apelar a fuerzas abstractas como los «poderes monetarios». «Según la nueva vulgata, el Estado sólo debe intervenir para favorecer el libre funcionamiento de la competencia, engrasar los engranajes de un reloj natural (el mercado), allanar los conflictos sociales y mantener el orden público. Su papel consistiría no en limitar, sino en facilitar el poder económico». Desata un cúmulo de argumentos, plenamente justificados, contra una doctrina extremista que proclama la eventual inhibición total del sector público en la economía. Hay, no obstante, un pequeño inconveniente en esa línea argumental: da la impresión de que en las llamadas economías desarrolladas no existe ningún tipo de regulación ni otros canales de intervención pública. El mercado constituiría, según la versión ofrecida, el mecanismo exclusivo y omnipotente para la asignación y la distribución de los recursos. Afortunadamente, con sus luces y con sus sombras, las sociedades avanzadas ofrecen en la actualidad un perfil bastante diferente del pretérito capitalismo victoriano

retratado por Marx y Engels. Cuando en numerosos países desarrollados el gasto público representa en torno a la mitad del producto interior bruto, parece difícil hablar de una economía pura de mercado, y ello sin que haya que mencionar la enorme influencia ejercida a través de las disposiciones legales.

En este mismo orden de cosas, quizás hubiese sido oportuno, a fin de evitar el riesgo de incurrir en confusiones bastante típicas, proceder a la delimitación conceptual, por un lado, entre los bienes y servicios individuales y colectivos (quién o quiénes se benefician), y entre los privados y los públicos (quién o quiénes los financian), por otro. La incorporación al discurso del etéreo, socorrido e interpretable concepto de «bien común» no es precisamente un eficaz aliado para la causa planteada. No todo lo público responde necesariamente a un interés colectivo o social; no todo lo privado tiene inevitablemente una motivación individual. Se puede defender la participación del sector público y justificar las limitaciones a las actuaciones y a los intereses individuales sin necesidad de recurrir a escenarios absolutamente irreales. Lo es, sin embargo, pretender que puedan satisfacerse las necesidades sociales eludiendo completamente las restricciones económicas a las que está sujeta toda sociedad.

6. Los efectos del neoliberalismo

El siguiente capítulo del libro está dedicado a ilustrar los efectos del neoliberalismo. A este se atribuye, por ejemplo, el nefasto accidente de la central nuclear japonesa de Fukushima acaecido en 2011. El razonamiento efectuado podría llevar a la conclusión lógica de que se ha carecido completamente de regulación pública. ¿Ha sido realmente así? ¿Ha brillado también por su ausencia la regulación pública aplicable al sistema financiero antes de la crisis iniciada en 2007? ¿Cabe pensar, por el contrario, que ha habido un fallo clamoroso de dicha regulación y, por ende, del sector público? Afirmar, sin matices, que episodios como los del mencionado accidente son el resultado «de la colusión entre agentes privados y burócratas gubernamentales» se antoja una línea de razonamiento rayana en el cientifismo tan certeramente denostado por Todorov. El grado de eficacia del sector público, encubierto frecuentemente entre las múltiples capas formadas por diversas intervenciones, cobra una importancia crucial. La seguridad de la población sí que es una función estatal esencial e irrenunciable. La influencia del sector público no debe medirse sólo en extensión, sino también en calidad y en eficacia.

7. Trabajo y gestión empresarial

Las relaciones laborales son otro de los focos de atención, dentro del que se pasa revista a cuestiones como la flexibilidad en los puestos de trabajo o la situación de las mujeres. En este apartado se formulan una serie de apreciaciones, que tal vez agradecerían mayores pruebas empíricas, sobre todo teniendo en cuenta la talla del autor. Las modernas técnicas de *management* son objeto de un varapalo cercano a la ridiculización. En un afán generalizador, se afirma categóricamente que «las técnicas de *management* deterioran la vida social y psíquica de las personas a las que se aplican, pero sólo mejoran marginalmente los resultados de las empresas. Trasladadas al mundo de la administración, esas técnicas no son mucho más eficaces». En el mismo apartado, sin solución de continuidad, se aboga por la Unión Europea como «el único marco de intervención eficaz» y por «el proteccionismo moderado y matizado respecto a las empresas de otros continentes», planteamiento que queda sin concreción, «si queremos defender no sólo las fábricas, sino también un modo de vida que consideramos valioso». El retroceso de la ley en el ámbito laboral es denunciado, pero, en cambio, no se suscita ninguna consideración respecto a la importancia de la economía sumergida en los países europeos.

8. El papel de los medios de comunicación

Más adelante se analiza el papel de los medios de comunicación, que pueden llegar a manipular la opinión pública y pervertir el funcionamiento de la democracia. Todorov considera que «la libertad de expresión es muy valiosa como contrapoder, pero como poder debe limitarse». Igualmente propugna buscar un punto equidistante entre dos tiranías, la de los Estados y la de los individuos: «Nada nos obliga a elegir entre 'todo Estado' y 'todo individuo'. Tenemos que defender ambos, y que cada uno limite los abusos del otro». Al final, se decanta por un enfoque ecléctico de las tesis pelagiana y agustiniana: fomentar la libertad de las voluntades individuales, pero poniéndoles un límite, no derivado del «pecado original», sino del «interés común». Posiblemente por la relativa concisión de la obra, el autor nos priva de un tratamiento del contrato social que pueda subyacer a ese interés común y de los mecanismos institucionales para la toma de decisiones colectivas. En particular, la posición de las minorías a resultas de las decisiones adoptadas por las mayorías es una cuestión que no puede soslayarse, como tampoco el establecimiento de las reglas de una adecuada justicia tributaria.

9. Los males del populismo y la xenofobia

Una alusión a las degeneraciones sociales ligadas al populismo y a la xenofobia no podía faltar en un ensayo acerca de los peligros reales o latentes sobre las democracias. De tales fenómenos se ocupa el capítulo sexto. Todorov se encarga de ir desmontando los discursos populistas y xenófobos. Entre otros aspectos, arguye que «los demagogos se niegan a admitir ese principio fundamental de la política que dice que todo logro tiene un precio», máxima que podría estar extraída de un manual básico, no ya de economía, sino de sentido común y que, paradójicamente, se echa de menos en otros pasajes del libro. Por otra parte, la dilución de la identidad tradicional de los autóctonos europeos se genera, no por la presencia de extranjeros, sino por el ascenso imparable del individualismo y la aceleración de la globalización, asevera el filósofo francés. La desaparición del papel regulador de la familia es, según él, otro de los factores favorecedores del populismo. Por lo que respecta a las costumbres de las distintas comunidades, sin perjuicio de criticarlas, aboga por no prohibir aquellas que no vulneren la ley. La educación se erige como un pilar primordial para la creación de una base cultural común.

10. La necesidad de equilibrio entre los elementos del régimen democrático

Concluye su exposición revalidando la idea de que el régimen democrático no se reduce a una única característica, sino que exige articular y equilibrar varios principios distintos; de ahí su fuerza y su debilidad. En lugar de una revolución política o tecnológica, Todorov se declara partidario de buscar «el remedio a nuestros males en una evolución de la mentalidad que permitiera recuperar el sentido del proyecto democrático y equilibrar mejor sus grandes principios: poder del pueblo, fe en el progreso, libertades individuales, economía de mercado, derechos naturales y sacralización de lo humano».

Declara Todorov que el objetivo que se traza con la obra aquí comentada «no es proponer remedios o fórmulas magistrales, sino ayudar a entender mejor el tiempo y el espacio en los que vivimos». Las reflexiones realizadas a lo largo de sus páginas contribuyen notablemente a esa loable meta, aunque tal vez la complejidad de los problemas que hoy afronta la sociedad exija algo más que un tratamiento superficial de los fenómenos económicos y de los procesos de adopción de decisiones cuando solo puede contarse con recursos escasos susceptibles de usos alternativos.

